

VI.

Lord Latimer era, según había dicho Guillermo, al hablarle su hermana del amigo de su esposo, pulcro, delgadito, extravagante y bastante parecido á una mómia.

Apénas había carne sobre aquella pequeña armazón de huesos; su cara, reducida como una medalla, estaba aún amenguada por una gran peluca rubia que llevaba sobre su pelo blanco.

Lord Latimer había nacido rubio y no quería dejar de serlo, ni aún en su vejez.

Prescindiendo de aquel adorno de cabello dorado—que hacía un contraste lastimoso con su tez amarillenta y arrugada—tenía una frente bastante ancha y noble, una nariz larga y encorvada y una boca grande, de labios finos y astutos; su barba era larga y puntiaguda; sus ojos verdes, de satírica y atrevida mirada, que muchas veces rayaba en insolente; no obstante, aquella frente severa, aquellos ojos hostiles, aquella boca irónica, adquirirían la más tierna y bené-

vola expresion cuando hablaba con personas que merecian su cariño ó su interés.

Era un hombre que habia envejecido muy prematuramente por la profundidad de su talento y las amarguras de la experiencia.

El amor no habia dulcificado su carácter duro y severo; tenia mala opinion de las mujeres, porque en su primera juventud le habian engañado, y jamás habia querido casarse, viviendo sólo como un filósofo ó como un misántropo.

La amistad habia llenado todos los ámbitos de aquel corazon noble, pero herido mil veces á causa de la exquisita delicadeza de sus fibras; habia hallado en lord Hamilton un hombre justo, benéfico, generoso, lleno de candor en la edad en que todos los hombres, y él mismo, sólo rendian culto á lo positivo.

Por espacio de catorce años, lord Latimer vivió únicamente para su amigo; y era más fácil que hubiese muerto mil veces, que haber dejado de cumplir su último encargo, rehusando casarse con Catalina.

No tenia vocacion alguna al matrimonio, y ántes bien puede decirse que le aborrecia; pero, á pesar de esto, y aunque la jóven hubiera sido un mónstruo de fealdad, se hubiera casado con ella, respetando la voluntad del hombre á quien habia amado con tanta abnegacion y ternura.

Durante los seis meses que la jóven viuda pidió ántes de su nuevo enlace, lord Latimer cumplió exac-

tamente su palabra y la vió cinco ó seis veces, es decir, cada quince dias.

Catalina le recibia con gusto y le oia con placer.

Unia aquel hombre respetable á un talento profundo una instruccion vastísima, y la suficiente delicadeza para no marchitar con sus desengaños el alma candorosa de Catalina.

Respetaba la inocencia de su futura esposa y miraba á la buena Arabela con una consideracion amistosa, aceptando sus juicios, siempre benignos, y sus reflexiones llenas de justicia, como la expresion de un alma pura y tierna.

Catalina hallaba muy corto el tiempo que lord Latimer pasaba á su lado; no habia disfrutado con su primer esposo las delicias del talento, ni aquel habia abierto ante sus ojos los vastos caminos de la inteligencia; pero junto á lord Latimer su pensamiento hallaba nueva vida, y pasto dulce y sabroso.

Tambien el anciano hallaba un placer indecible al lado de aquella jóven tierna y llena de todos los encantos del entendimiento, de la educacion y del carácter.

De la mejor gana hubiera ido todos los dias á pasar á su lado algunas horas; pero lord Latimer era hombre incapaz de faltar ni áun á las promesas que á sí mismo se hacia, y guardó en sus visitas el intervalo que se habia propuesto y que habia ofrecido á Catalina.

En su última entrevista se fijó el día para la boda.

Después de marcharse lord Latimer, Catalina abrazó á su aya, y le dijo con acento de convicción:

—Creo, amiga mía, que voy á ser muy dichosa.

—Pienso lo mismo que vos, respondió Arabela; os unís á un hombre digno, que sabe lo que valeis y que os estima; esa es, hija mía, la garantía mayor de la dicha en el matrimonio; el amor pasa, pero no se nota su ausencia si está compensada por la estimación recíproca, las delicadas atenciones y las maneras galantes y afectuosas. Valé más para asegurar vuestra futura dicha lo que sentís por lord Latimer, que todos los arrebatos de una pasión volcánica y correspondida.

La inocente Catalina se dejaba convencer por estos argumentos, hijos de un corazón frío ya, y á los que prestaba nueva fuerza su propia inexperiencia; pero ¡ay! muy pronto debía persuadirse de que el amor es la única dicha positiva de la tierra y la única que es también irremplazable.

Celebróse el casamiento sin pompa alguna en la capilla del castillo de la novia, ó mejor dicho, en el que le pertenecía como viuda de lord Hamilton.

Situado aquel en una posición mucho más risueña y pintoresca que el que habitaba lord Latimer, éste no quiso que su esposa cambiase de morada, y se decidió que habitarían en aquel.

Al almuerzo, que siguió al casamiento, sólo con-

currieron las personas que, en lo sucesivo, habían de hacer una vida común.

Eran los dos esposos, Arabela y el capellán del castillo.

La nobleza de lord Latimer era de las más encumbradas de Inglaterra, y sus riquezas inmensas; pero en vez de abrir su casa, siquiera fuese á la sociedad de sus vecinos, según había hecho lord Hamilton, lord Latimer la cerró á cal y canto, y dijo á su esposa:

—Querida niña, conozco muy bien el mundo, y he oído muchas veces, con profunda indignación, las mordaces sátiras que lanzaban contra vos y vuestro esposo las mismas gentes á quienes convidábais y divertíais; así, pues, aquí no entrará ninguno de esos parásitos ingratos y ruines; pasead cuanto queráis, dad limosnas, pero contentaos con la amistad de Arabela y la mía.

Catalina no halló nada que oponer á esta decisión. No conociendo el mundo, no podía desearlo.

VII.

Pasaron algunos años en la más perfecta paz y en el seno de una felicidad, si bien fria, llena de calma.

Sin embargo, Catalina se habia entristecido; tenia ya veinte y tres años, y su corazon echaba de ménos alguna cosa que le diese calor, porque se helaba.

Su hermosura era siempre encantadora; su estatura se habia hecho alta y majestosa; era á un tiempo tierna y grave, y la madurez precoz de su juicio era el fruto de su soledad.

Una desgracia sola habia venido á entristecerla.

Habia muerto su aya.

Su aislamiento era, pues, mucho mayor; su hermano apenas se acordaba de ella, ó aparentaba haberla olvidado desde que contrajo Catalina, contra su voluntad, un segundo enlace; los placeres de la corte, los amoríos y el juego se disputaban todos los instantes de Guillermo.

Ocho años de vivir al lado de su esposo, habian hecho conocer á Catalina todo el valor del talento y

del carácter del anciano lord; pero también el contacto de aquel ser sin ilusiones, que todo lo analizaba, que buscaba el lado negro de todas las cosas, habia acabado por enfriar el alma generosa y entusiasta de Catalina.

Arabela habia muerto; Guillermo la habia olvidado, y se consideraba sola en toda la extension de la tierra.

Una mañana de estío salió á pasear por el campo.

No léjos del castillo, habia una fuente que habia brotado entre sus piedras, y el agua, al saltar, caia sobre una multitud de plantas que habian crecido y se extendian como un adorno fresco y natural.

Catalina amaba aquel sitio que armonizaba con la habitual melancolia de su espíritu.

El murmullo del agua, el canto de los pájaros, la agreste soledad del sitio, toda aquella naturaleza callada y misteriosa, la sumergia en un éxtasis profundo y delicioso.

Sentóse al lado de la fuente y apoyó la mano en la mejilla, evocando los dulces y gratos recuerdos de su niñez.

Veia á su hermosa y jóven madre enferma y abatida; á su padre sosteniendo con amor su vacilante paso: á su padre, jóven tambien, tambien hermoso, gallardo y enamorado, y se preguntó si no valia mucho mas morir amada de aquella suerte, que vivir sin ser amada de nadie.

De repente, llegó á su oido el ruido de unos pasos.

Volvióse y vió llegar al más apuesto caballero que nunca hubiera podido soñar, y que se acercaba á ella con paso firme y majestuoso.

—¿Podriais, Miss, indicarme el camino de la aldea cercana? preguntó al llegar al lado de Catalina, quitándose respetuosamente el sombrero.

—Sí, Milord, respondió la jóven; seguid siempre á la izquierda hasta hallar una cruz de hierro; entónces ya estais en él y podeis seguirle.

—Sois tan buena como hermosa, Miss, respondió el caballero, y os doy mil gracias; es la primera vez que piso estos lugares y me he extraviado en el bosque.

Catalina nada respondió.

El eco dulce y juvenil de aquella voz la tenia absorta y como extasiada. Jamás, exceptuando la voz imperiosa de Guillermo, habia oido más que acentos cascados y trémulos en derredor suyo; y la voz de los jóvenes es muy distinta de la de los ancianos.

La figura de aquel caballero era además en extremo gentil y arrogante; de sus ojos negros brotaban raudales de luz; su traje era magnífico, y todo en él indicaba pertenecer á la más alta nobleza.

Era, en efecto, lord Tomás Seymour, hermano de Juana, reina á la sazón de Inglaterra.

Al ver la confusion de Catalina, la saludó con exquisita cortesía y dió algunos pasos para alejarse.

La jóven contestó tímidamente y él, que esperaba una palabra que le retuviese en aquel sitio, se alejó con aire triste y contrariado.

Catalina le siguió con la vista y le vió, con gran sorpresa, tomar el camino de su castillo, volver hácia la entrada del bosque y dirigirse á él.

Catalina tomó el camino mismo que lord Seymour habia seguido; al llegar al castillo, fué en busca de su marido y se puso roja como las amapolas que habia cogido y que aún tenía en la mano.

Con su esposo se hallaba el jóven que habia visto en el bosque

Su marido se levantó, la tomó de la mano y la presentó á lord Tomás, diciendo con grave ternura:

—Lady Latimer.

Tomás Seymour se levantó é iba á decir una frase, que no salió de sus lábios.

El anciano esposo, presentando á su vez á Catalina su visita, añadió:

—Milord Seymour, Catalina, hermano de la reina Juana, que Dios guarde muchos años, nos dispensa la honra de visitarnos.

Catalina miró á Tomás asombrada, no tanto por lo elevado de la condicion del caballero, cuanto por que no podia atinar el motivo de su visita.

—Soy aún algo pariente de su madre, prosiguió lord Latimer, y he sido en otro tiempo un buen amigo de su padre; pero desaprobé la union de Juana

con el rey y se enojó contra mí. Tomás viene ahora en busca de una nodriza por estas aldeas para que dé el primer alimento al vástago real que se espera de su hermana, y me ha pedido que le ayude en sus pesquisas, lo que no podré hacer á pesar de mi buena voluntad; nada entiendo de esas cosas; pero decidme, decidme, ¿cómo se halla la reina de salud?

—Muy mal, milord, respondió lord Seymour con acento triste: la salud de Juana ha sido siempre delicada y desde aquel fatal viaje á Greenwich, verificado hace algunos meses, se ha empeorado del modo más sensible.

—¡Desdichada Juana! murmuró el anciano.

—Desdichada siendo una reina? preguntó cándidamente Catalina:

—¡Ay, señora! exclamó lord Seymour, guárdeos Dios siempre de saber los disgustos, los sinsabores que ocasiona el poder, y dichosa vos que sólo imperais sobre los corazones.

—La verdad, querido Tomás, dijo el anciano en tono festivo, es que vos os hallais grandemente en el poder, y ahora más que nunca, en devaneos de amor y de ambicion.

—Algo concedo de lo primero, respondió Tomás mirando á Catalina; pero hasta hoy niego lo segundo.

—¡Cómo! ¿no teneis amores?

—No, Milord.

—¿Ya no sois el caballero preferido de las damas de la corte?

—Ya no.

—Habrán conocido vuestra falacia.

—O quizá que es difícil mi conquista.

—No os santifiqueis; si hoy habeis venido á verme, es porque os han dicho sin duda que me he casado con una jóven bonita, y habeis querido ver si la fama habia mentido.

—Si ese ha sido el deseo de lord Seymour, observó Catalina, le ha visto cumplido y se habrá desengañado antes de llegar al castillo.

—¿Cómo así?

—Porque me vió en el bosque hace un momento,

—¡Hum! ¡Qué callado lo teniais, querido Tomás! dijo lord Latimer: ¿Pensábais que os iba á reñir por esa casualidad? ¿Pensábais que yo era celoso? Nada de eso; mi mayor placer es que Catalina guste á cuantos la vean.

Al decir estas palabras, lord Latimer dirigia miradas penetrantes á lord Seymour y á su esposa, cuya fisonomía permanecia tranquila.

En cuanto á Tomás, que toda su vida habia sido en extremo orgulloso y que lo era entonces mucho mas, á causa de ser hermano de la reina, levantó con soberbia la cabeza y dijo fijando á su vez en el anciano una mirada sañuda.

—Soy el primero en reconocer las gracias de mi-

lady, y cuanto más encantadoras me parecen, tanto mas extraño que se haya casado con vos.

—Pues oid, milord; respondió lord Latimer con acento duro y frio; por lo mismo que es algo extraña nuestra union, os pido que no volvais á honrar esta casa, y que olvideis vuestros habituales proyectos de seduccion; creo en la virtud de Catalina; pero creo tambien que no os seria difícil hacerla desgraciada, al haceros amar.

—Yo sé que es así mucho más infeliz, repuso con altivez el caballero, que si me amase á mí.

—Nada hay más triste que amar en silencio y reprimir el amor bajo la dura máscara del disimulo, como tendria que hacer Catalina, si no queria que yo la encerrase severamente; creedme, Tomás; creed al antiguo amigo de vuestro padre; si amais á Lady Latimer, esperad á mi muerte, que no tardará en llegar, porque hace algun tiempo que siento la gota en el pecho.

Catalina, consternada, se acercó á su esposo; éste habia dicho sus últimas palabras con la mayor frialdad y sencillez, pero con un acento lleno de conviccion.

Lord Seymour, sin contestar, salió de la habitacion y del castillo, prometiéndose que, tarde ó temprano, la seduccion le haria dueño de Catalina.

Cuando hubo desaparecido, lord Latimer se volvió á su esposa, le tomó cariñosamente la mano y le dijo:

—Hija mia, no escuchéis á lord Seymour, como no os ponga por delante una promesa de matrimonio; es de carácter duro, inconstante y orgulloso; le conozco desde que era niño, y si fuera yo vuestro padre, no le confiaría vuestra suerte.

—Dejemos eso, milord, interrumpió Catalina; dejemos de hablar de una cosa que no ha de llegar, y decidme, por Dios, añadió cruzando las manos, si es verdad que os sentís enfermo de peligro.

—Tranquilizáos, querida mia, repuso el anciano; no me siento bueno, pero he exajerado para que ese fátuo espere y os deje en paz; aunque, os lo repito, no os hará dichosa, y así, si algun dia sois libre, pensadlo mucho ántes de uniros á él con lazos indisolubles.

## VIII.

Lord Latimer habia dicho la verdad.

Su salud decaía rápidamente, y la enfermedad que le aquejaba, hizo en un año espantosos progresos.

Catalina, que amaba verdaderamente á aquel hombre severo, pero generoso y justo, se dedicó á aliviar sus padecimientos con la más tierna y constante solicitud.

Pero en medio de los cuidados que la asediaban y de la intranquilidad consiguiente al estado de su esposo, Catalina veía incesantemente ante sus ojos la seductora imágen de lord Seymour, hermosa, apasionada y elocuente.

El tampoco la habia olvidado.

Algunas veces, al ir la jóven á la fuente rústica donde por la primera vez le habia visto, habia vuelto á encontrarle en el mismo sitio; pero entónces Catalina, fiel á los consejos del hombre excelente cuyo nombre llevaba y á quien iba á perder, huía de aquellos lugares por un esfuerzo de su generosa voluntad.